



Aquí los más pequeños tienen tanta agua como los más grandes.

De *Ecoute*, 289  
nov. 1983.

P. Adalbert de Vogüé, OSB  
M. La Pierre-qui-vire  
France

## LOS ESCRITOS PACOMIANOS

### Prefacio para la traducción inglesa del Padre Armand Veilleux\*

Esta colección tan cuidadosamente y útilmente elaborada por el Padre Armand Veilleux, contiene los archivos de un gran acontecimiento: el nacimiento de la vida religiosa comunitaria en el cristianismo, en el siglo IV de nuestra era. Este hecho, cuyas consecuencias para la Iglesia y la sociedad no se pueden medir —no han terminado de desarrollarse— ocurrió en el Alto Egipto por la iniciativa de un tal Pacomio, joven copto recientemente bautizado que ignoraba tanto el griego como el latín. Al margen de los grandes centros de la vida civil y religiosa del Imperio romano, el fenómeno tomó rápidamente una amplitud impresionante en el lugar —nueve monasterios gigantes, pronto doce, y en conjunto millares de monjes— mientras que una generación casi espontánea hacía aparecer sucesivamente, dentro de regiones menos periféricas, tentativas de comunidades análogas. Antes de fin de siglo, la Koinonía pacomiana tendrá hermanas en el Ponto y Capadocia, en Siria y Palestina, en Italia, en Africa y en la Galia, por mencionar solamente aquellas de las cuales conservamos las huellas literarias más memorables.

Primer fruto de esta germinación espiritual, el cenobitismo pacomiano es también, desde muchos aspectos, el fruto más insigne. Lo raro es que desde el principio la vida comunitaria cristiana alcanzó en él un grado de vigor difícil de igualar. Como la mies exuberante de una tierra virgen, la Koinonía de los hijos de Pacomio crece con una potencia extraordinaria en un pueblo que permanece semipagano y una Iglesia que no conoce aún ninguna experiencia de este género.

Este vigor asombroso no es solamente el hecho del número —la amplitud de las comunidades egipcias llegará a ser proverbial en toda la cristiandad— sino también y más allá, la organización que dirige estas multitudes, las mantiene en un alto nivel de espiritualidad, las hace vivir en una intensa comunión. Koinonía: quizá nunca esta palabra tomó un sentido tan fuerte como en este círculo y en la posteridad de “nuestro santo padre Abba Pacomio”. He aquí millares de hombres que se unen para compartir totalmente los bienes, vivir la igualdad absoluta en su uso, y someterse enteramente a una regla y a una jerarquía instituidas por el hombre de Dios. Todavía hay que acentuar que esos rasgos no tienen paralelo ni antes ni después de Pacomio en el monaquismo judío o cristiano; pero lo que les infunde aquí un ca-

---

\* De *Collectanea Cisterciensia*, 1981, Tomo 43, 1.

*Nota:* Las *Cistercian Publications* (Kalamazoo, Michigan, USA) han publicado todo el corpus pacomiano, traducido, con una Introducción y notas, por A. Veilleux, bajo el título: *Pachomian Koinonia. Life, Rules, and Other Writings of Saint Pachomius and His Disciples* (3 volúmenes).

rácter distintivo es la concepción rigurosamente unitaria y centralizada de todo el organismo, tanto en lo temporal como en lo espiritual. Trascendiendo la pluralidad de las comunidades locales, la Koinonía es una y la misma en todo lugar. Un solo ecónomo general administra sus bienes y su trabajo, un solo Padre enseña, gobierna y lleva hacia Dios.

Bajo su jerarquía multiforme —cada monasterio se subdivide en casas y cada una de ellas está dirigida, como el monasterio mismo, por un jefe y su segundo—, esta primera agrupación monástica del Alto Egipto es pues a la vez, la más numerosa, la mejor organizada y la más estrechamente unida de todas las que hubo. En todo caso, en el siglo IV, nada se parece, ni de lejos, a su agrupación grandiosa y compacta, ni las fraternidades griegas de Asia Menor aconsejadas por Basilio, ni el monasterio de Hipóna fundado por Agustín, ni los ochenta monjes reunidos en torno de Martín en Marmoutier.

Repitémoslo, la diferencia no es solamente numérica, sino también cualitativa. De Basilio, tenemos un *Asceticon* en varios estados, cartas sobre la vida monástica, una oración fúnebre por Gregorio Nacianceno; de Agustín, una pequeña regla hecha con dos textos muy cortos pero llenos de sustancia, varios escritos o fragmentos referentes a los monjes, una biografía por su discípulo Posidio; de Martín, la famosa *Vida* escrita por Sulpicio Severo que completan sus *Diálogos*. Al comparar esos escritos casi contemporáneos con la literatura procedente del pacomianismo en la extrema pobreza cultural de esta última, se capta de inmediato lo que hace su grandeza y su riqueza única.

Lo que falta en las obras de Basilio y de Agustín no es, por cierto, una doctrina fundada en la palabra de Dios y discretamente impregnada de alta cultura, ni aptitud para dirigir a las personas hacia su realización espiritual, ni sentido y experiencia de la vida social. A la mente que quiere ahondar más en la teoría y la práctica del cenobitismo, el alimento que les proporcionan es más asimilable y suculto que la magra pitanza de los textos pacomianos. Pero lo que estos tienen bien propio y que hace la fuerza incomparable del pacomianismo, es la fe en una persona mandada por Dios hacia quien se dirigen la esperanza y el amor de millares de corazones: "Nuestro santo Padre Pacomio que en el origen fundó los coenobios".

Este culto al fundador, evidentemente no aparece en sus propias obras, poniendo aparte los títulos que llevan sus cuatro colecciones de reglas en la versión de Jerónimo. Pero trasciende en casi cada página de los escritos de sus sucesores, Teodoro y Orsiesio, e inspira la gran *Vida* anónima de Pacomio, que nos llegó en varias recensiones: en copto, griego y árabe. A lo largo de esos documentos multiformes, se percibe la misma intensa veneración hacia el hombre a quien el grupo entero y cada uno de sus miembros saben que deben todo.

En efecto, es Pacomio quien de parte de Dios reunió la Koinonía es él quien juntó todas estas almas para hacerles conocer a Dios y salvarlas. Se atreven a llamarle el "mediador de Dios y de los santos", esos santos de uno y otro Testamento a los cuales está tantas veces asociado a título de émulo y continuador. En él, los monjes pacomianos tienen conciencia de haber rozado un auténtico sucesor de los profetas y de los apóstoles que está escribiendo entre ellos y con ellos, una página comparable con las más bellas de la Historia Sagrada. Más allá de la muerte, se mantiene como guía por las reglas que creó en nombre de Dios para la salvación de las almas, como intercesor que vigila por la Koinonía, como un Padre alrededor del

cual se reúnen de nuevo, a medida que la muerte los lleva, todos esos hijos que había reunido en la tierra.

Es evidente que la figura de este santo ha tomado sus rasgos definitivos solamente después de su muerte, bajo sus primeros sucesores. La crisis aguda que tuvo la Koinonía, cinco años después de la muerte de Pacomio, el interés de los superiores, las necesidades de su gobierno, todo eso, sin duda, fue bueno para promover un culto que constituía para el grupo la condición de su supervivencia. Pero la imagen de su fundador pudo tomar entonces tal relieve porque ya durante su vida había impreso fuertemente su espíritu en la conciencia de la comunidad. Los esfuerzos de Teodoro y de Orsiesio para desarrollarla implican una profunda convicción compartida por todos.

Por otra parte, sin ella no hubiera habido crisis o dificultades después de Pacomio. Las perspectivas de la Koinonía rota o aflojada, la obediencia rechazada, las reglas abandonadas o mitigadas, no hubieran rebelado las conciencias si no se hubieran dado cuenta de que la obra del Padre, por la cual había padecido tanto, iba a arruinarse. Si la Koinonía tenía que ser mantenida a toda costa, en todo su rigor y todo su fervor, era porque Pacomio así lo había querido, y Dios a través de él, para siempre.

Nada más hermoso en la literatura pacomiana que esta ardiente veneración que hace la unidad de la Koinonía. La fe en el hombre de Dios engendra en ella un calor humano que no tiene igual en los medios monásticos mencionados más arriba. Si se lee la oración fúnebre de Basilio, la *Vida* de Agustín o la de Martín, no se encontrará esta relación de total interdependencia entre la comunidad monástica y su fundador. Estos tres santos monjes fueron también obispos; los dos primeros además grandes doctores, el tercero un misionero que irradia más allá de su diócesis. En sus extensos horizontes eclesiásticos, las comunidades de monjes fundados o dirigidos por ellos sólo tienen un lugar limitado. Su panegirista o biógrafo mismo no es más que un amigo, un admirador, como máximo un discípulo, pero no como el hagiógrafo pacomiano, un hijo anónimo, sumergido en la gran comunidad filial en la cual expresa la devoción y el dolor.

Pacomio es el fundador de la Koinonía y nada más. Pertenece por completo a esta obra por la cual dio su vida. Recíprocamente la Koinonía sabe que, después de Dios, le debe todo. Como un día lo dirá Teodoro: su único privilegio en el mundo monástico, lo que hace su originalidad y su valor, es lo que la Koinonía recibió de él. Esta conciencia suscita de parte de todos un gran impulso de reconocimiento y de fidelidad. Entre Pacomio y la Koinonía, el don mutuo es total.

De allí el carácter particular y tan atractivo de la hagiografía pacomiana, sensible al máximo en este apéndice de la *Vida* de Pacomio que relata las vicisitudes de la Congregación bajo Orsiesio y bajo Teodoro. La ternura de éste hacia el Padre, compartida por la comunidad entera y por sus escribas, da a estas páginas un encanto que falta en las biografías, tan preciosas por otra parte, de un Basilio, de un Agustín o de un Martín. Se puede hacer la misma observación a propósito de la *Vida* de Antonio por Atanasio o de la de Benito por Gregorio. Ni el gran obispo de Alejandría, ni el gran papa del siglo VI están con su héroe en esta relación de hijo a padre, de miembro de la comunidad religiosa con el hombre que la concibió por inspiración de Dios y la engendró por medio de sus sufrimientos.

Además, Antonio, por su parte, no estableció una comunidad propiamente dicha. En cuanto a la de Benito, Gregorio, que tiene otros objetivos, nos deja que ignoremos por completo lo que fueron sus relaciones con el santo. Un Eugipio, biógrafo de Severino, el autor de la *Vida de los Padres del Jura*, que fue uno de sus hijos, estuvo en mejor posición para hacernos conocer estos sentimientos de una comunidad con respecto a su fundador. Sin embargo, estas obras muy estimables en nada pueden compararse al calor que se desprende de los escritos pacomianos.

Paradójicamente, los monasterios gigantes de Pacomio forman mucho más una familia que las fraternidades de Basilio que sin embargo parecen haber sido mucho más "a medida humana". Es que la Koinonía pacomiana tenía la figura de un Padre capaz de unificarla, de la cual irradiaba una gracia de paternidad sobre los superiores de cada monasterio y de cada casa. La imagen del padre no está ausente en los textos basilianos pero tampoco es dominante. Aunque el superior local es a veces referido a ese modelo, falta una personalidad de santo que domine y polarice todo el ambiente. Ni Basilio, consejero más que fundador, ni por otras razones, su maestro Eustacio, desempeñaron ese papel.

De nadie, que sepamos, estos monjes del Ponto y de Capadocia han pensado y proclamado que les había revelado la manera de agradar a Dios como los hermanos de la Koinonía lo dijeron de Pacomio. Las "respuestas" de Basilio en su *Ascticón* se imponen por la fuerza de su base escriturística y por el rigor lógico de sus austeras exigencias. Nunca fueron consideradas al modo de las reglas de Pacomio, como un tipo de mandamientos inspirados, no solamente conformes a la Escritura, sino semejantes a ella por la autoridad del hombre de Dios que las había promulgado. En esas fraternidades de Asia Menor nunca se pensó en mantener semejantes reglas por fidelidad a un Padre muy amado del cual había que pagar los esfuerzos y las penas, observando lo que había mandado, de manera que pudiera estar feliz y orgulloso de su obra delante el Señor.

Esta manera de concebir la observancia de la regla, como la predica Orsieso en su *Testamento*, debe estar presente en la mente del lector moderno cuando recorre los reglamentos minuciosos de los *Praecepta*, de las *Instituta*, de las *Iudicia* y de las *Leges*. Debida, en lo esencial a Pacomio mismo, como lo señalan las más recientes investigaciones críticas, esa legislación puede parecer tremendamente árida, puntillosa y desprovista de hálito. El hálito espiritual, sin embargo, no falta en la observancia pacomiana. Sin teorías ni consideraciones, la regla pone en obra de manera muy realista, una doctrina de renuncia personal y de caridad comunitaria que proviene del Evangelio.

Además, estas "santas reglas" aparecen a los ojos de todos —y parece que también a los del mismo autor— como la expresión de la voluntad divina, auténticamente transmitida por su servidor. La fe, la gratitud, la veneración filial que inspira "nuestro Padre Pacomio" llena su observancia de calor religioso y humano.

Para volver a Basilio ¿no es significativo que este gran testigo y teórico del monaquismo naciente haya aspirado, en el ocaso de su vida, a una dirección unificada de las fraternidades de las cuales se ocupaba? En el fin de su *Regla Larga 35* en la cual lucha contra los intentos de escisión que amenazan algunas comunidades, expresa de una manera irreal, el deseo de que "varias fraternidades situadas en lugares distintos, puedan ser puestas bajo una sola y misma autoridad, que desempeñarían hombres capaces, en la unidad del Espíritu y el vínculo de la paz".

Este anhelo, semi impotente, encuentra luego un principio de realización en la *Regla Larga 54* cuando Basilio instituye reuniones periódicas de superiores. Pero el deseo del gran monje-obispo iba, sin duda, más allá de esas simples conferencias. El deseo al que aspiraba, sin tener una idea clara, ¿no era lo que se había realizado, cuarenta años antes, en torno a Pacomio y que se vivía todavía en plenitud en ese momento bajo su tercer sucesor en la lejana Tebaida? Además de esas dos reuniones anuales, en Pascua y en el mes de agosto, la Koinonía gozaba continuamente de una verdadera dirección común, tanto material como espiritual, que le daba una espléndida visión de paz y de unidad.

Cuando aspira así a un gobierno común de las fraternidades, Basilio se acuerda del ejemplo de la Iglesia primitiva en la cual los cinco mil nuevos convertidos tenían un solo corazón y una sola alma, vivían juntos, ponían todo en común bajo la única autoridad colegial de los Doce. Es también ese modelo el que tenían en vista los monjes pacomianos para quienes la Koinonía es el "camino apostólico", la Iglesia de los apóstoles resucitada entre ellos después de siglos. Sin embargo, entre ellos la autoridad no es colegial sino personal. Sólo la detentan en plenitud, Pacomio y sus sucesores, los Padres de la Koinonía; los otros miembros de la jerarquía sólo la tienen de manera participada y delegada. Más que al grupo de los Doce en Jerusalén, esta posición única del superior general hace pensar en la de Pablo en las Iglesias que fundó y de las cuales era el único Padre. Además es a los textos paulinos a los que se refiere Orsiesio cuando habla de la "tradición" y del "depósito" que la Koinonía tiene de su fundador.

Este legado sagrado del Padre que es el tipo de vida instituido por él, constituye el eje sólido alrededor del cual se edifica y se mantiene la Koinonía. Esto no hay que olvidarlo nunca cuando, con razón, se admira el espíritu fraternal del cenobitismo pacomiano. Esta fraternidad emana de una paternidad, a veces reivindicada, otras veces rechazada —a la manera compleja del Nuevo Testamento—, por Pacomio mismo. El título de Padre es, en todo caso, el que sus discípulos le dan por unanimidad. Como tal, es este hombre quien engendra constantemente la comunión de esos innumerables hermanos. En este punto de vista también el papel de Pacomio es análogo al de los Apóstoles tal como lo describen los Hechos. En el célebre resumen que evoca los primeros tiempos de la Iglesia, (Hch 2,42), la "comunión" (*koinonía*) viene sólo después de la "enseñanza de los Apóstoles". Si los hermanos de Tabennisi, así como los neófitos de Jerusalén, están reunidos en una perfecta comunidad de bienes y de sentimientos, es porque Pacomio, como los Apóstoles, los mantiene reunidos por la Palabra de Dios y por el ejemplo de la vida en el Espíritu.

En efecto, la enseñanza tiene el primer lugar en la misión casi apostólica de Pacomio. Por más sorprendente que nos pueda parecer cuando consideramos los débiles ecos o fragmentos de su predicación, tanto él como sus hijos la consideraban como lo esencial de su tarea. Ante todo Pacomio es un heraldo de la palabra divina, un doctor, incluso un exégeta.

La historia de Teodoro, su discípulo preferido, es característica en este aspecto. Lo que al principio atrae a Tabennisi a este joven monje de Latópolis no es una imagen seductora de la Koinonía o la repercusión de las virtudes de su fundador, sino sencillamente el relato de una explicación de la Escritura que dio una tarde Pacomio en conferencia. Esa interpretación de la Epístola a los Hebreos que exalta a Cristo, Dios hecho hombre y al pueblo cristiano, "santo de los santos" de la Nue-

va Alianza, parece a Teodoro tan nueva y tan interesante que deja su monasterio para ponerse en la escuela del exégeta desconocido, cuyo discurso le habían contado.

Más adelante, puesto por Pacomio a la cabeza de Tabennisi, Teodoro hará cada tarde la caminata de una media hora que separa este monasterio de Pbow para escuchar la enseñanza del Padre y después repetirla a sus propios monjes. Ningún apremio o adulación servil lo empuja. Sin duda tiene fe en la gracia del Padre que habla en el nombre de Dios, pero ¿no estará impulsado también por un verdadero hambre espiritual, atraído como al principio por el interés de la enseñanza de Pacomio? Nos dicen que después de la muerte de éste, Teodoro, seguía repitiendo a los hermanos lo que había escuchado de él.

La tarea primordial para Pacomio fue la enseñanza, y lo fue también para los Padres que le sucedieron. En sus comienzos el pobre Orsiesio la cumple sin brillo proponiendo, por no encontrar algo mejor, esas pequeñas parábolas que Pacomio le había aconsejado. Pero desde entonces es él quien tiene el título de Padre y la misión y la gracia de interpretar la Escritura. Cuando a Teodoro, todavía en la sombra, le preguntan, se aparta y envía al que es exégeta de pleno derecho. Cuando el superior general, ya desfalleciente, lo nombró a su lado, se lanzará también a este ministerio "alimentando" a los hermanos con doctrina bíblica a la manera de Pacomio.

La Koinonía de los hijos de Pacomio deriva pues de la gracia recibida por él y transmitida a sus sucesores. Esta gracia es un hecho sin precedente en el seno del monaquismo recién nacido. La *Vida* griega menciona un cierto Aotas que, antes de Pacomio, habría intentado una obra análoga pero terminó en un fracaso. En cuanto a las comunidades contemporáneas que aparecen en las márgenes de la gesta pacomiana y de las cuales varias se afiliaron a la Koinonía, aunque se ignora lo que las distinguía de ésta en su constitución y en sus costumbres, es evidente, a los ojos de todos, que una diferencia considerable las separaba. En su propia empresa cenobítica, Pacomio parece no deberles nada. Lo menos que se puede decir de este monaquismo copto de las primeras decenas del siglo IV es que la idea comunitaria estaba en el aire.

Verdadero comienzo, la fundación de los "cenobios" no es sin embargo un hecho cuyas raíces históricas se nos escapan. Al principio estaba Pacomio, pero Pacomio estaba con Palamón, Pacomio era "anacoreta" con Palamón. El cenobitismo no nació en la época de los apóstoles, como lo pretende Casiano. Apareció tres siglos más tarde en la huella del anacoretismo. Antonio y los primeros ermitaños no salieron de antiguos "cenobios" fundados en tiempos apostólicos; más bien, son ellos que precedieron, suscitaron, formaron, los primeros padres de los cenobitas, Pacomio en particular.

Este trasfondo anacorético de la Koinonía, tal como nos lo revela la *Vida de Pacomio* es un dato histórico de gran interés. Nacido alrededor de cuarenta años antes que Pacomio y, muerto una decena de años después de él, Antonio envuelve con su gran sombra toda la existencia del fundador de los cenobios. O, tomando una imagen opuesta pero más verdadera, es a la luz de la experiencia antoniana como Pacomio, discípulo de Palamón, emprendió su obra cenobítica. Lo mismo que estos dos pioneros se sucedieron en sus empresas respectivas, también y en el mismo orden, la biografía del uno precedió, influyó, hasta se puede decir, sus-

citó la del otro: es según el modelo de la *Vida de Antonio* escrita por Atanasio como los hagiógrafos de la Koinonía, invitados por Teodoro, empezaron a escribir la *Vida de Pacomio*.

Así pues, el cenobitismo salió del anacoretismo. ¿Este hecho considerable habrá sido puesto bastante en evidencia y esclarecido? Quizá, el anacoretismo tenía que abrir el camino sacando en primer lugar individuos fuera del mundo y de la Iglesia que vive en el mundo. Quizás esas separaciones individuales tenían que preceder y preparar la constitución de comunidades monásticas, separadas ellas también de las Iglesias sin dejar de permanecer unidas a ellas. De todos modos, la inspiración comunitaria de la Iglesia primitiva, tal como el comienzo de los *Hechos* la describe, no provocó por sí misma ni enseguida el nacimiento del cenobitismo. Fue después del éxodo anacorético y entre los mismos anacoretas como tomó cuerpo, como si la extrema abnegación de esa forma de ascetismo tuviera que servir de catalizador al gran renunciamiento colectivo de la Koinonía.

Esta dependencia de Pacomio con respecto a Palamón y al movimiento anacorético, no debe sin embargo ocultarnos las raíces más profundas y más personales de su proyecto. Pacomio quiso servir a los hombres mucho antes de ponerse a la escuela del anciano anacoreta de Chenoboskion. Esa fue su primera vocación en el momento mismo de su conversión, y la visión que sucedió a su bautismo le reveló que una gracia divina, pasando por sus manos, bajaría sobre la tierra humana. En conformidad con su voto inicial pasa sus tres primeros años de vida cristiana ayudando a los aldeanos que lo rodean. Solamente después de este aprendizaje de la caridad abraza la vida monástica. Toda su carrera de fundador mostrará su voluntad persistente e irreductible de humilde servicio corporal tanto como de ministerio espiritual.

Una línea de conducta tan decidida obliga a reconocer en Pacomio un carisma muy personal, anterior a su iniciación monástica y dejado intacto por ella. Es evidente que esta primera orientación hacia el servicio de los hombres fue el origen de la Koinonía, sociedad en la cual Pacomio iba a reunir hermanos para servirles él mismo y enseñarles a servirse los unos a los otros. Antes del anacoreta Palamón, Pacomio tuvo otro maestro cuya inolvidable lección sería el resorte último de toda su obra: la caridad de los cristianos de Tebas. El modelo de la Koinonía está allí ante todo en el gesto de estos cristianos que socorrían a desconocidos por amor a Dios.

Sin embargo, a pesar de lo decisivo que había sido este ejemplo, no bastó para edificar la personalidad del gran fundador. Otra influencia fue necesaria para hacerlo apto para su misión. El simple servicio material de los hombres dejó a Pacomio insatisfecho e inquieto. Bajo la forma anacorética, única existente entonces, el monaquismo lo atrajo como un bien espiritual del cual no podía privarse. Se hizo discípulo de Palamón. Ayunos y vigiliias, lectura y recitación constante de la Escritura, oración y lucha contra los demonios, humildad y obediencia, todo este ascetismo practicado en compañía del anciano anacoreta, lo formó para la obra que iba a emprender. En el relato de esta vida en compañía de Palamón no hay un solo episodio o detalle del cual no se encuentra eco en la historia del fundador de la Koinonía.

El cenobitismo pacomiano tiene pues dos fuentes: La Iglesia secular y el anacoretismo, la caridad de los cristianos de Tebas y la ascesis monástica de Palamón. La primera dio el impulso inicial, la segunda llevó ese impulso a un plano

más elevado haciéndolo pasar del servicio material al ministerio del Espíritu. Sin renunciar nunca a ser el servidor de sus hermanos de la manera más concreta, Pacomio asumió su dirección espiritual tanto en el nivel de la comunidad, de la cual fue organizador y jefe, como en el de la dirección y enseñanza de las almas individuales de las cuales se ocupa una por una para salvarlas.

Más de una vez, a lo largo de los últimos treinta años, y con mucha razón, se puso en evidencia lo que hace la originalidad del cenobitismo pacomiano respecto del anacoretismo. Quizá se recalcó menos todo lo que Pacomio debe a Palamón: el ascetismo, la experiencia de la relación espiritual, la ortodoxia y la comunión con la Iglesia en el seno del anacoretismo.

Primero el ascetismo. En más de una página de su historia hay pruebas de que Pacomio fue durante toda su vida un asceta de extremo rigor. Sin duda se encuentra también en las *Vidas* más de una advertencia dirigida por él a los promotores de una ascesis orgullosa y excesiva, ya sean anacoretas o cenobitas. Sin duda también estas reglas comunitarias fueron moderadas en beneficio y teniendo en cuenta el gran número. Pero la impresionante austeridad que practica por cuenta propia no es eccentricidad individual o un residuo de su existencia precomunitaria. La palabra "cruz" tan frecuente en los textos pacomianos, y "martirio" que se encuentra aplicada al mismo Pacomio, denotan bien la altura y la profundidad espirituales de esa abnegación.

Renunciaba a sí mismo hasta el heroísmo y, como Padre, consideraba la mortificación física como absolutamente necesaria para todos; sufría a veces al ver a sus hijos demasiado poco mortificados, e incluso no temía desafiarles: recordemos la noche de vigilia sobre el Nilo y la que sigue en Tmouchons. La imagen de Pacomio "terrible y apenado" en contraste con el "encanto" de Teodoro no es sin duda un invento de la *Vida* griega, sino el reflejo verídico del carácter de estos dos hombres, el uno formado en la temible escuela del anacoreta Palamón, el otro acostumbrado desde su infancia a la vida más clemente de las comunidades.

De este ascetismo, sin embargo, la austeridad corporal no lo es todo, tampoco es lo principal. La vigilancia continua de los pensamientos, la lucha contra todas las sugestiones del enemigo, la "meditación" —o repetición oral— de la Escritura aprendida de memoria, la oración frecuente hasta llegar a ser incansante, son los elementos más importantes. Pacomio aprendió todo eso de Palamón. Y el simple hecho de haberlo aprendido de otro fue para él una lección capital de la cual iba a sacar la idea misma de su papel de Padre de la Koinonía. Discípulo de Palomón, Pacomio experimentó con él la relación de hijo a Padre que iba a vivir con los innumerables monjes de sus monasterios. La obediencia humilde y cariñosa que practicó durante siete años junto al anciano anacoreta llegaría a ser una norma universal para toda esta multitud jerarquizada empezando por el discípulo tipo que pronto sería el joven, ferviente y muy amado Teodoro.

Ascesis y paternidad espiritual: además de estos bienes esenciales que ocuparán su lugar en los fundamentos de Koinonía, Pacomio encontró en Palamón la rectitud de una fe sana y la comunión eclesial, valores infinitamente preciosos sin los cuales el cenobitismo no hubiera encontrado lugar en la Iglesia. La *Epístola de Amón* que es un retrato de Teodoro, llama nuestra atención sobre este punto capital. La ortodoxia caía de su peso en el ambiente cristiano en el cual entró Pacomio por su bautismo: el cisma de Melecio, el error de Marción y "otras herejías" más son men-

cionadas por Amón —leyendo esto uno no puede dejar de pensar en los escritos gnósticos recientemente descubiertos en Chenesêt-Chenoboskion—. Todos estos movimientos sectarios se encontraron en el camino de Pacomio, y de cerca o de lejos, lo han solicitado. Tomando como maestro a Palamón asceta de la gran Iglesia, eligió la ortodoxia. Esta línea de fidelidad al obispo de Alejandría será mantenida por él y por su Congregación a todo lo largo de la crisis arriana.

Este hecho es de gran importancia a los ojos de los pacomianos porque les asegura el doble alimento de la Escritura y de la Eucaristía. La palabra de Dios que escuchan a lo largo de sus oficios, las conferencias, en que la explican, las horas de trabajo y de descanso, en que repiten una “meditación” incesante, todo lo realizan bajo la autoridad de la Iglesia que detenta el canon y lo garantiza. En cuanto al cuerpo y la sangre de Cristo, también reciben de la Iglesia este signo de comunión en la unidad. Como hijos, esperan este pan espiritual de los obispos y de los sacerdotes que les envían. En esa constante relación de sumisión filial, la disputa del concilio de Latópolis, tan grave, representó solamente un estorbo pasajero del cual resultará, por otra parte, sólo una limitada ruptura. En principio y de hecho, el cenobitismo pacomiano no será una rama separada de la Iglesia, sino su más bella floración. En lugar de constituir una secta más, esta comunidad de separados está en el corazón de la comunión eclesial.

Así marcado por Palamón en varios de sus rasgos esenciales, el fundador de la Koinonía tenía que hacer todavía una cruel experiencia de fracaso para alcanzar su madurez pastoral. La primera Vida sahídica es la única que conservó este relato conmovedor y singularmente instructivo. Solamente después de cuatro o cinco años de vanos esfuerzos por dar un tono monástico al grupo de hombres de los cuales se había hecho servidor, Pacomio sintió la necesidad de una regla precisa y de una autoridad capaz de imponerla. Su sola influencia moral, el simple ejemplo de su abnegación y de su servicio no habían alcanzado a propagar a su alrededor el fuego espiritual que ardía en él. No había conseguido comunicar su espíritu religioso a los hombres reunidos por él.

Esa experiencia fallida demostraba que Pacomio no estaba hecho para ser padre espiritual al modo anacorético, por la simple autoridad moral y por la irradiación personal. Si quería dar ejemplo a las almas, formar monjes, cumplir con su misión, tenía que agregar a su voluntad de recogimiento y de servicio una franca afirmación de sí, como legislador y como jefe. La regla común a la cual se sometería él en primer lugar, sería a la vez el fundamento de su autoridad y la satisfacción de su necesidad de humildad, el instrumento de su acción hacia los demás y el de su abajamiento a los pies de todos. Gracias a esta regla, gracias a la jerarquía fundada sobre ella y encargada de mantenerla, se establecía un orden comunitario, una sociedad por fin provista de las estructuras de una Iglesia, en la cual podría revivir la perfecta Koinonía del tiempo de los Apóstoles.

Así pues, la obra de Pacomio nació de un fracaso por el cual se le revelaron las condiciones sociales y eclesiales de su vocación de Padre. De hecho, la Koinonía no dejará de pensarse como Iglesia, refiriéndose a todas las imágenes bíblicas de ésta. Es y quiere ser el “cuerpo de Cristo”, el “templo” espiritual, la “viña de los santos”, el “pueblo” de Dios. Como vimos, su regla es “tradición” y “depósito”, su fundador es enviado por Dios a la manera de los Apóstoles, sus jefes tienen misión de “gobernar la Iglesia de Dios” como los presbíteros de Efeso, de “apacentar las ovejas” de Cristo, como el mismo Pedro.

Unida a la única Iglesia y constituida según su modelo, la Koinonía pacomiana aparece en el momento preciso en que la Iglesia ve transformarse su estatuto social. Sin duda, la coincidencia no es fortuita, aunque no sea fácil interpretarla. Según las *Vidas* es por decreto de Constantino que Pacomio fue movilizado, sacado de su hogar, arrojado a los caminos donde iba a encontrar a Cristo. Los historiadores pueden fruncir el ceño, demostrarnos que el principio movilizador no era Constantino sino su colega Maximiano. Pero Constantino y Pacomio tienen algo que ver el uno con el otro. Convertidos con pocos meses de diferencia, harán obras solidarias a la vez opuestas y complementarias. Pacomio introduce una sociedad en la Iglesia, Constantino introduce la Iglesia en la sociedad. Este pone fin al tiempo de los mártires, aquél instituye su continuación. En el momento en que el primer emperador cristiano, inaugurando una nueva era, abre el mundo a la Iglesia y la Iglesia al mundo, el fundador de los cenobios establece en el cristianismo una comunidad fuera del mundo que reproduce la Iglesia de los Apóstoles como nunca lo había sido desde sus orígenes.

La coexistencia de los comienzos del anacoretismo con el fin de las persecuciones y la de los comienzos del cenobitismo con la instauración de la paz de la Iglesia son hechos dignos de ser meditados. ¿Habría que buscar el vínculo de los dos últimos fenómenos en el crecimiento numérico siendo el cenobitismo el único apto para reunir multitudes, o en un cierto alivio, como si el cenobitismo fuera al anacoretismo lo que la Iglesia constantiniana es a la Iglesia de los mártires o en la simple posibilidad de instituir sociedades monásticas públicamente reconocidas o toleradas. Sea lo que sea, el Espíritu de Cristo suscitó en el corazón de la Iglesia esta Koinonía de renunciantes a la misma hora en que el renunciamiento y la comunión iban a perder su esplendor en el pueblo cristiano cada vez más identificado con el mundo seglar.

Sin embargo, la relación de la obra pacomiana con la Iglesia de su tiempo no se limita a este juego de analogías y de contrastes. En forma activa se inserta en el gran movimiento de conquista que lleva adelante el cristianismo de esas generaciones. Pacomio mismo es un pagano convertido cuyo éxito espiritual da testimonio de que los hombres nacidos en el paganismo pueden alcanzar, con la gracia de Cristo, la más alta perfección. Convertido en monje, reza por la Iglesia entera, pide a Dios la salvación de todos los hombres, edifica una iglesia para la gente pobre de su alrededor y hace, él mismo, las lecturas bíblicas para ellos. Cada año, en Pascua, en el monasterio central de Pbow, se bautiza a los catecúmenos venidos de las distintas comunidades.

*Metanoia*, "conversión": ese será el nombre dado a fin del siglo al monasterio fundado por los pacomianos cerca de Alejandría, a pedido del arzobispo Teófilo, sobre el emplazamiento del santuario pagano de Canope. Expresa bien el doble triunfo de la Iglesia y del monaquismo aliados para el reino de Dios, contra la idolatría secular de Egipto y sus costumbres profanas.

Sin embargo, la exultación de un pueblo vencedor, tan brillante en la *Vita Antonii* de Atanasio, no es la nota dominante de la literatura pacomiana. Al contrario, es más bien el tono lastimero que llama la atención a medida que se adelanta en las *Vidas*. Ya la de Pacomio contiene más de una predicción siniestra sobre la suerte de la Koinonía después de él. Con la gran crisis que se produce cinco años después de su muerte, bajo Orsiesio, y con las relajaciones que se perfilan hacia fin del

gobierno de Teodoro, estas amenazas se convierten en una dolorosa realidad. Es cierto que esta crisis será superada por el advenimiento de Teodoro y mucho tiempo después de su muerte el *Testamento* de Orsiesio deja entrever una congregación siempre en lucha contra distintos abusos pero en suma tranquilidad y floreciente. Lo cual no quiere decir que los pacomianos no experimentan profundamente la fragilidad de la bella realización en la que viven, conscientes de la grandeza del acontecimiento que es la Koinonía, pero miden también la desproporción en relación con sus posibilidades humanas. De allí una angustia que los hacen volver sin cesar hacia la ayuda divina, el ejemplo de los Padres y sobre todo la intercesión de Abba Pacomio mismo.

¿Se equivocaban estos primeros cenobitas del Alto-Egipto sobre las posibilidades de vida o de muerte de su Koinonía? Nos dicen que al lado de presentimientos lastimosos, su Padre Pacomio recibió promesas de perennidad para su obra. Estas promesas divinas, como tantas otras, se cumplieron de manera misteriosa e inesperada. Reglas y tradiciones, organización y jerarquía, monasterios y congregaciones, todo desapareció y las frágiles huellas literarias o institucionales que el pacomianismo dejó en el mundo monástico, en los Latinos en particular, constituirían por sí solas una supervivencia irrisoria. Pero la verdad es que la Koinonía de los hijos de Pacomio no ha dejado de existir. Está en todo lugar donde los hermanos se reúnen por amor a Cristo para vivir en el compartir integral, la castidad perfecta, el renunciamiento a la voluntad propia, "bajo una regla y bajo un padre".

*Tradujo: Martina de Groverman*  
*Buenos Aires*

La profesión religiosa —sobre la base sacramental del bautismo en la que está fundamentada— es una nueva "sepultura en la muerte de Cristo"; nueva, mediante la conciencia y la opción; nueva, mediante el amor y la vocación; nueva, mediante la incesante "conversión".

**JUAN PABLO II — REDEMPTIONIS DONUM**